

Prólogo

El pasado mes de diciembre, todavía envueltos en las tareas universitarias prenavideñas, mi amigo y paisano Justo Pérez Cruz me llamó para generosamente ofrecerme la posibilidad de escribir unas líneas como prólogo de un libro de décimas de Melo Pérez Díaz, versador de Villa de Mazo, el pueblo palmero que nos vio nacer y del que permanentemente somos deudores.

En aquellas fechas estaba profundamente comprometido con la conclusión de un estudio ambiental sobre la Isla de La Palma, que debía finalizar “ya” sin excusas y al que sabía debía dedicar todavía algunas semanas. Justo me advirtió de cierta premura, pues existía la intención de dar a conocer el libro en las próximas fiestas del Día del Municipio. Tuve por tanto la ocasión de agradecer su ofrecimiento y decirle que no podía; pero no señor, fiel a mi tradición de decir a casi todo que sí, acepté su propuesta con entusiasmo, como no podía ser de otra manera, para después encontrarme con la realidad de que ni tenía tiempo suficiente para leer el libro que iba a prologar ni conocía a su autor. Vamos, que la situación merecía, por mi atrevimiento, una buena e irónica décima...

Y es que, queridos lectores
“el Mago” es muy atrevido
después se siente afligido
y es presa de sus amores.
Sufre así los sinsabores
de su actitud irresponsable
si Justo no saca el sable
el prólogo no termina
y de Mazo lo encamina
por conducta reprobable

Honestamente, el ofrecimiento de Justo tenía para mí demasiados amores y estaba dispuesto a asumir los sinsabores que seguro mi iban a acarrear. Varios motivos me impedían decirle un no.

En primer lugar, me sentí en el deber de apoyar a un compañero universitario al que, al margen de su brillante trayectoria como catedrático de Física de la Universidad de La Laguna, su inquietud humanística le ha llevado a desarrollar en nuestra isla natal el proyecto “La Palma Punto y Aparte”, digno de todos los elogios. Admiro y comparto su espíritu universitario abierto, siempre comprometido con el entorno social en que vivimos y de forma particular con el duro, a la par que entrañable, mundo rural en el que tanto él como yo nos criamos.

En segundo lugar, desde pequeño me he sentido fascinado por el mundo de las décimas y de los versadores, de quienes valoro su frescura para improvisar; su fino sentido del humor, edulcorado si se tercia la ocasión (y casi siempre se tercia) con las justas dosis de ironía; su capacidad para relatar situaciones de cualquier tipo con admirable precisión, basados en un vocabulario popular muy limitado pero de gran fuerza descriptiva; su compromiso participativo para mantener vivas muchas tradiciones y fiestas populares; etc. Por otra parte no quería, de ninguna manera, perder la oportunidad de conocer a un paisano poeta, del que tenía las mejores referencias.

También contaba mi compromiso con Villa de Mazo y lo que significa para los macences su festividad anual. Esta era una oportunidad de aportar “mi granito de arena” e intentar colaborar con mi pueblo, al que tantas satisfacciones debo. En él vive la mayor parte de mi familia y a él vuelvo con frecuencia para disfrutar de mis raíces y del cariño que, a pesar de la distancia, siento que me profesan.

Mis credenciales para presentar el libro de Melo Pérez Díaz son bien escasas y, desde luego, más personales que profesionales. Consciente de ello tuve la necesidad de conocer al autor y aprovechando mi última visita a La Palma, precisamente a entregar el trabajo al que antes me referí, fui a verlo a Montes de Luna. No había logrado comunicarme con él y me presenté de forma imprevista en su domicilio, que me indicaron los vecinos con la característica precisión y cortesía del mundo rural:

“Mire la casa no se ve desde aquí, pero nada más pasar la curva hay una pista asfaltada que sube a la Piedra de Flores; cójala, suba, y a unos 500 m, más o menos, a la izquierda verá su casa: tiene parado delante el camioncito que era de su hijo, el que hace poco desapareció en la mar”.

La descripción perfecta, pero la natural referencia al desaparecido Jorge Rubens me conmovió, haciéndome pensar que me iba a encontrar con el padre destrozado que acaba de perder a un hijo. De buen seguro le faltarían ganas para hablar con un desconocido que, casi al oscurecer, aparece por su casa sin previo aviso. Pensé que era una impertinencia y a punto estuve de no subir y regresar a La Rosa, posponiendo el encuentro para otro día.

El recuerdo de Justo sobre la apremiante necesidad de escribir el prólogo, me ayudó a sobreponerme a la situación. Tiré cuesta arriba y llegué a la casa. No había nadie, pero en el entorno estaban las señas de identidad de sus moradores, todo lo habitual de la sabia cultura popular: apio, perejil, menta, pasote, coles, lechugas y un buen surtido de frutales, entre los que destacaban por la época, los naranjeros con fruta y los almendreros en flor. Entre el cortejo de plantas ornamentales me llamó la atención un ejemplar de drago con el fuste simple de más de 6 m de altura y, sobre todo, un ejemplar de jócamo a la entrada, planta nada habitual en la zona y que manifestaba cierta sensibilidad por la flora autóctona. Más tarde me diría:

“La encontré en la costa y me llamó la atención por sus ramilletes de flores encarnadas muy bonitas. Es mala prendedora y además aquí, tan alto, se ve que no está en lo suyo, pues no florece tanto ni tan bonito como en la zona baja, pero yo le tengo aprecio porque me costó mucho sacarla adelante”.

El tiempo estaba “virado”; los “molinos de Tiguerorte” mirando al sur; sobre el horizonte la “barra” de nubes peinadas, matizada de gris y naranja al atardecer, anunciaba viento. Hacía frío y una “toca de bruma rastrera” cubría al Cabrito, amenazando lluvia. Las paredes rezumaban agua y la vida en forma de helechos, musgos y líquenes brotaba de las piedras. En los manchones tagasasteros cuajados de flores blancas, en medio de un mar verde de hinojo y tederas tiernas.

En busca de abrigada, bajo al pajero de los animales; los cabritos sospechan la presencia extraña y balan inquietos. El olor a estiércol del bueno me traslada a la infancia y casi transpuesto me veo en La Rosa de antaño, comentando con mi padre,

frente al pajero del ganado, lo gordas que están las vacas y la necesidad de cargar el estiércol para tenderlo y labrar las huertas...

Regreso a la realidad, cojo un manojo de perejil, como una naranja dulce y cuando ya estaba dispuesto a irme con el hurto consumado, aparecen en su furgoneta cargada con la comida de los animales “Melo y Etelevina”. Me presento, y con complicidad campechana me corresponde:

Pues si señor, yo soy Melito Pérez Díaz y ella es mi mujer, Catalina González Pérez. Las cosas de la vida son así: mis padres cuando me pusieron ese nombre debieron suponer que yo nunca llegaría a alcanzar la talla adulta para merecer el nombre de Melo; y mi mujer, Etelevina, se enteró que se llamaba Catalina, cuando tramitamos en el juzgado los papeles para casarnos. Así que podemos escoger. Pase a la casa, que aquí fuera hace mucho frío y ya es de noche.

Hablamos “de lo divino y lo humano” durante más de una hora, mientras Etelevina, atendía a los animales. Melo me cautivó con su optimismo y ganas de contar sus vivencias. No pudo evitar referirse a las tristes circunstancias por las que debió pasar recientemente, pero las soslayó rápido con elegante fortaleza. Su bonhomía, reflejada en una estatura física respetable, se acrecienta hablando de sus permanentes inquietudes culturales y de su inagotable afán por conocer y aprender desde pequeño, a pesar de haberle tocado vivir de lleno la época más dura y cruel de la posguerra.

Juntos reflexionamos sobre esas dificultades y de cómo desespera comprobar la falta de entusiasmo y ganas de aprender que a menudo muestran los jóvenes actuales, a quienes se les regalan los libros; se les lleva al colegio en guagua gratis; se les brinda un buen almuerzo; y no tienen tiempo para estudiar. Afortunadamente hay excepciones, pero ambos convenimos en la existencia de cierta apatía y comodidad generalizada. Cargado de positiva energía, me suelta:

“Me cago en diez, tanta desgana; y a mi que me gusta leer el periódico con el diccionario al lado, para cuando tropiezo con una palabra que no entiendo buscarla y aprender el significado. No llevo el diccionario cuando voy a coger de comer a las cabras, porque se me desfarrapa en el bolsillo”.

Con gran modestia me muestra varios títulos sobre mecanografía, contabilidad, administración, etc. que obtuvo por correspondencia - “única forma de aprender algo en aquella época”-; y resalta el título de Patrón de Pesca Litoral, que obtuvo becado en la Escuela Náutica de Lanzarote. Al referirse a este título, de nuevo aflora la sabia combinación de honestidad y pragmatismo convergentes, que retratan la personalidad de Melo:

“Eso fue un título que algunos pescadores de bajura obtuvimos con gran esfuerzo y cierta polémica en la Escuela de Lanzarote. Los alumnos más jóvenes no entendían el como frente a los cinco años que a ellos les costaba obtener el título, nosotros llegásemos por allí y en 40 días nos otorgaran la capacitación. Tenían algo de razón, pero olvidaban que la mayoría de nosotros llevábamos 40 años bregando con la mar, que es donde está el pescado. Al fin y al cabo yo fui a Lanzarote, mas que nada, por aprender algo nuevo, porque en la vida hay que estar preparado para todo”.

Asiento con convicción y le comento que así se refleja en sus décimas y canto a los pinilleros. Empezó en la cumbre y terminó en la mar, aunque su último trabajo fue de camionero con la empresa de “El Furia” (viejo compañero de la Lucha Canaria), oficio que durante un largo periodo le permitió compartir su dedicación con las tareas de concejal, desde las primeras elecciones democráticas hasta 1983, “*siempre tratando de echar una mano a los más desfavorecidos*”.

Con cierta melancolía, pero lleno de energía y ganas de dar batalla, me transmite que es ahora “*jubilado y baldado de dolores que me impiden trabajar*”, cuando de verdad tiene tiempo para leer y escribir. Como muestra me despliega un bloc en el que escritos con pulcritud recoge decenas de sonetos, ovillos y décimas. Admirado le digo: El amigo Justo tiene aquí otro libro. “*Bueno, vamos a ver si le gustan, me replica*”. Tenemos Melo “pa rato”. Al marcharme, satisfecho de haber conocido a D. Melito Pérez Díaz y a su entrañable Señora; viéndole parado en la puerta de su casa a la luz de la Luna, no me atreví, pero me hubiese gustado cantarle:

Por hoy voy a terminar
disculpa mi atrevimiento
contaré con sentimiento
lo que acabamos de hablar.
Melo, me has de perdonar
por no saber transmitir
lo que me hiciste sentir
en el encuentro agradable
¡Justo que prepare el sable
y no dejes de escribir!

Se había despejado la noche. Desde El Cabrito soplaba un terral frío que cortaba, pero bajé la cuesta más contento de lo que la subí. Melo ha sido un gran trabajador, es un buen poeta y, en lo que lo conozco, mejor persona.

Pedro Luis Pérez de Paz
Catedrático de Botánica